

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 16 7 de febrero de 2016

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (16). La RESURRECCIÓN de JESÚS.

La idea de la resurrección de Jesús, no está tomada en préstamo del entorno cultural judeo-helenístico, y tampoco parece posible considerarla una creación imaginativa de la primera comunidad cristiana. La muerte de Jesús, llevada a cabo por la ocupación extranjera, tuvo lugar en época histórica, positivamente datable, es decir verificable en el tiempo, y en un escenario público, y político, concurrido por las masas que habían acudido a la ciudad en fiestas. Nada que ver con un acontecimiento privado ocurrido en el secreto de una secta o en un contexto visionario o fabuloso.



Hubiera sido muy fácil refutar a quienes decían que habían visto vivo a su maestro: bastaba enseñarles el cadáver, custodiado por los romanos, para que decayera su pretensión. Llama la atención que no consten vestigios de un culto cristiano al sepulcro de Jesús, lo que hubiera sido natural si sus seguidores albergaran alguna sospecha de que en él estaba depositado el cadáver de su líder. Por el contrario, desarrollan en pocos años, sin abandonar el monoteísmo, una fe en Jesús, en Cristo extremadamente diferenciada de las religiones de su entorno y, desentendiéndose del sepulcro y más tarde de la ciudad santa donde murió su fundador, inician una misión por el mundo pagano proclamando el Evangelio y en consecuencia la fe en Jesús, en Cristo.

Y tampoco resulta convincente atribuir la idea a una sugestión colectiva de los discípulos a consecuencia del impacto de la crucifixión de Jesús y la frustración de las expectativas puestas en él, reduciendo su origen al trastorno de todo un grupo que se niega a aceptar los hechos y da cuerpo a sus deseos, en una ensoñación, cuando le son negados por la realidad. Porque es difícil imaginar que los discípulos, que acababan de sufrir una experiencia tan aplastante y negativa, tuvieran en ese momento la energía creadora, la vitalidad, la determinación, la audacia y el inverosímil genio religioso que supone inventarse una idea tan absolutamente original como ésta, extraña a su entorno intelectual, sin antecedentes ni consecuentes en la historia universal de las creencias religiosas. Se trata de una invención demasiado revolucionaria como para emanar de un supuesto trastorno psicológico colectivo.

Ese «algo» que, según Dibelius, (*Uno de los representantes del movimiento de la Antigua búsqueda del Jesús histórico*) tuvo que producirse entre la huida de los discípulos y su vuelta a Jerusalén, debió de ser de tal potencia transformadora que invirtió las diversas tendencias centrífugas liberadas por la crisis de la crucifixión y

desencadenó la dinámica expansiva del primer movimiento cristiano.

Los relatos evangélicos acerca de las apariciones del resucitado no son meras visiones subjetivas de una imaginación demasiado impresionable. Los relatos **sí** testimonian dos aspectos decisivos: el hecho mismo de los encuentros con el Resucitado —«El Señor realmente ha resucitado y se ha aparecido» (Lc 24,34) —, y, en segundo lugar, que quien sale al encuentro de los discípulos **no es el mismo que antes de su muerte pero sí es él mismo**.

No es el mismo porque se presenta con propiedades que le sitúan fuera de la experiencia de los hombres, o de lo conocido hasta el momento, lo que se da a entender a lo largo de las narraciones evangélicas: Ese no ser conocido al principio por sus amigos más cercanos para luego ser reconocido y desaparecer, ese no tocarle nadie, y más tarde invitar a Tomás a meter el dedo en las llagas de su cuerpo, esa confusión de los discípulos de camino hacia Emaús, ese atravesar las paredes como si fuera un espíritu inmaterial para a continuación tomar alimento como cuando estaba en el mundo. Al resucitar Jesús no regresa a las leyes a las que está sometido el cuerpo natural sino que se manifiesta como un cuerpo espiritualizado que ha entrado en la vida de Dios. Por eso se ha podido sostener que la fe pascual o lo que es lo mismo, la fe en la resurrección de Jesús, no exige un sepulcro vacío ya que, incluso si los romanos hubieran enseñado el cadáver de Jesús, nada se hubiera demostrado contra su resurrección porque su nuevo cuerpo no se compone necesariamente de los restos materiales del antiguo.

El resucitado no es el mismo que el Jesús histórico, ha cambiado en algunos aspectos sustantivos, pero **sí es él mismo**. Para empezar, aunque no conserva el cuerpo natural, sí posee **un cuerpo**, porque la suya es distintivamente una supervivencia corpórea. El resucitado posee un nuevo cuerpo pero no por ello es un nuevo ente. Se refiere a lo mismo, antes y después de su muerte, cuando dice «yo», ya que se mantiene esa mismidad que lo hace reconocible para sí propio y para los otros que lo han tratado.

El acontecimiento fundamental ocurrido en las apariciones pascuales, escribe Moltmann (teólogo alemán), consiste entonces, evidentemente, en la revelación de la identidad y la continuidad de Jesús en la contradicción total de cruz y resurrección, de abandono y cercanía de Dios. Por ello puede todo el Nuevo Testamento afirmar que lo que los discípulos vieron en pascua no fue un nuevo ser divino cualquiera, sino a Jesús mismo.

En esto radica la novedad absoluta del hecho: en que, paradójicamente, no hay novedad en relación al ser que ven los discípulos, por cuanto que la persona que fue crucificada en la vía pública y a la que todo el mundo vio expirar, ésta y no otra se les aparece ahora. La resurrección es un acontecimiento tan inaudito que temor es lo menos que razonablemente pueden sentir los discípulos ante esa constatación. «Ninguno se atrevió a preguntar: “¿Quién eres?”», porque sabían muy bien que era el Señor», se lee en Jn 21,12. La identidad entre el crucificado y el resucitado constituye el presupuesto de la Resurrección de Jesús.

Textos tomados del libro de Javier Gomá Lanzón “Necesario pero imposible”